

ANA MARIA RATH

EDITORIAL COLMEANA - EDICIONES ALTO AIRE



INDAGACIONES ACERCA DEL PERSONAJE

ANA MARÍA RATH

INDAGACIONES ACERCA
DEL PERSONAJE

A Luis ARTURO CASTELLANOS, maestro y amigo.

Y mi testimonio de afecto y reconocimiento a CLARA PASSAFARI.

"La conjetura de que también el Todopoderoso está en busca de Alguien, y ese Alguien de Alguien superior (o simplemente imprescindible e igual) y así hasta el Fin —o mejor, el Sinfin— del Tiempo, o en forma cíclica".

JORGE LUIS BORGES

I

Como un extraviado buque
a la deriva,
en la plana soledad de los agonizantes,
herrumbre de ceniza, polvo de adormecida antigüedad
y ojeras de noches malgastadas
allá va:
El Personaje.

Metafísica cumbre de señorío altivo en medio de la larga
hilera de horas enfiladas hacia las agujas de un tiempo ya
extinguido, atrapa con su paso las mágicas alegorías y
elabora el progreso.

Allá va.
El Personaje.

Canta con una voz que no es la voz de
los hombres eruditos
y abandona sobre su hombro amochilado
viejos poemas de primerísimas angelerías olvidadas.

Pero canta.

Aunque nadie comprenda lo que dice
y vaya gesticulándoie a la aurora un
garabato que no tendrá lugar,
él avanza ciego,
con una ceguera más oscura que la muerte
—esa muerte impensada—
y se trepa desde la boca hasta el océano pacífico
de un cielo que le es extranjero,
altísimo escalón adonde sus voces
no llegarán jamás.

Pero es él. El Personaje.

Si sus ojos son grietas abiertas en la piel
de los esclavos,
si sus manos parecen las aspas de los molinos
de Castilla,
y todo su cuerpo es una maciza columna
de Hércules, vertebral y madura,
no es porque los siglos le hayan tallado
la hondura y la apariencia,
no es porque la Historia le haya entregado
el primer manuscrito de su sólida identidad,
no es porque los paisajes le hayan grabado
a fuego
un corazón más blanco que la nieve
sino por algo más,
algo que está sumergido en el fondo inaccesible
de su alma de pájaro.
Algo, su esencia, la profunda sima de sus
jazmines libertados,

el ser de su ser virgen y remoto: él mismo y
por él mismo.

El Personaje.

Y entra en las fábricas y en los conventillos,
recita un tango, canta con Gardel a la
vuelta de una esquina del Bajo,
camina por las provincias hasta agotar la América,
dice una cifra que se parece mucho
a la palabra Paz,
iza banderas,
desciende de un manotazo a los tiranos,
inventa himnos
vuelve hacia un día nublado de 1810
y así va remontándose
hasta crear el mundo desde todo principio.

Sexto día.

Y cae de nuevo en el remanso de una paz sin olvidos.
El Personaje.

Cuántas veces los poetas y los filósofos rastrearon la ¡limitada figura
de su símbolo sin lograr la inauguración de sus primeros
rasgos increados, inasible, inapresable trazo de luna sobre los
innumerables ángeles nocturnos de una ciudad dormida.

Cuántas lámparas alumbraron los papeles
de la antigua piedad
y las repetidas manos ensayaron dar un principio
a su escultura,

para descubrir ante los demás hombres la estatura del ser proyectado desde adentro, dada vuelta hacia el mundo en una conjurada reversibilidad.

Pero no.

Era querer fotografiar el alma de aquel cachorro que se moría junto al sueño de un chico sin futuro.

Era querer abrirle las entrañas al hombre para extraer intacta la materia vital, leve polvo de espíritu, bajo los sauces, siempre más lejos, ¡ah! cada vez más lejos como un nuevo horizonte.

Era querer violar el oscuro recinto interior de las estrellas para derramar sobre las calles una cruenta opacidad no libre de mentira? y de agravios.

Por eso
allá va él, solitario, indefenso, indefinible.
El Personaje.

Y si aparece a veces bajo la máscara de algún mendigo,
y resucita en un juglar saltimbanqui como un desafinado organillero,
un payaso de circo
o un prolijo profesor de geología,
no hay que interrumpirlo por preguntar su nombre.

Porque su nombre
está oculto tras el remoto sentido de los siglos
y yace abandonado sobre su inarmonía prodigiosa.

Hay que liberarlo al azar
para que siempre marche a la deriva
como un buque sin puerto.
Y va perdiéndose a lo lejos
-levita verde y oscura galera de cochero
nocturno—

Él.

El Personaje.

II

Ahora tenemos que levantar los ojos a la noche que cultivada de
astros y de vigilias de oro nos contempla.

Si no fuéramos nada más que un vestigio de cal
sobre la arena húmeda que se desviste delante del
océano,
podríamos perpetuar la huella de las manos,
¡luminar un anchuroso canto,
partir los altos velos del azul de los cielos
y recrearnos desde nuestra estatura hacia una hoguera
menos superficial
llama en zafiros, misteriosa espiral
de este silencio!...

Si no pudiéramos hacer otra cosa que este dolor
de sostener catedrales clausuradas
para quedarnos en la palabra y en el viento.
Si no pudiéramos hacer otra cosa que el número y
las incurables dinastías,
nos quedaríamos frente al fulgor espejeante de los pinos
colgándole manuscritos a la niebla,

quitándole el polvo a las espadas, desenterrando héroes
y purificaciones y abandonando los inútiles peregrinajes
tendríamos el poema.

Pacífica de quietud y rica en lujosos datos de una historia muy vieja,
la noche nos contempla desde los altos astros que conducen el viaje de
los tiempos. Inesperada soledad descifra el tácito interrogante de la
austral caravana
y deshace rocío de cristales sobre los lejanos espacios de las rosas que
duermen. ¡Ay, de la herida roja que salpica las piedras! ¡Ay, del bosque
sombrio que se queja! ¡Ay, del hombre que se pierde en la sombra sin sombra
de los pasos secretos!

¡Ay, de la primavera,
claveles enlutados y puñales de acero!

La larga noche viene para unir nuestras voces y se tiende en un
cántaro de nieve como un limpio pañuelo.

¡Ay, del dolor de todos! ¡Ay, del jazmín que nace! ¡Ay, de la
profanada escultura de la tierra!

Este infinito aliento que nos crece desde el íntimo
territorio de la estrella y el viento
nos aguja el oído como si se tratara de una música ajena.

Somos el oscuro reflejo de alguien que, mucho antes,
recorrió estos lugares y este tiempo.
Somos el inaudito reflejo de un ser que, mucho antes,
plantó los árboles de pesadas hojas y magnolias abiertas,
sembró la tierra, transitó el olvido
y fue dándole un nombre a cada cosa
más allá de la ausencia y la esperanza
dolorida.

Somos un pedazo de arteria.
Un hueso desahuciado.
Un violento desprecio.
Somos un caos sin redención, sin maravillas,
sin claros pensamientos, sin nostalgia, sin duelo
sin batallas altivas,
sin astillas doradas ni máscaras austeras,
sin transparentes pájaros...

¡Somos una semilla del humus,
apenas la nostalgia de un estremecimiento!

Desde la oscura cuenca
baja la soledad de la amplia noche
para estrecharnos las manos y los versos.
Desde la cuenca oscura
nos saluda el clamor de las campanas
que gimen este sendero estéril y
pequeño.

Desde nosotros mismos
un apretado cordón umbilical nos alimenta
el pétalo de la esperanza

y la sombra del hombre que nos dejó el reflejo
sobre nuestra hermandad.

[glorificado planea

Y os él frente a la noche.
Únicamente él.
El peregrino que fuimos y que somos.
La rosa despiadada,
el corazón azul,
las armaduras,
el mendrugo del cántico.
Y el vértigo.

Ahora tenemos que levantar las manos,
la mirada y el corazón hacia la noche que, como Dios,
nos habla y nos contempla.

Ahora tenemos que levantar este ángel y este hombre y
estos pulcros bosquejos este trozo de tierra hecho pedazos
y la cruel maravilla de este incienso como si fuera un libro de
pájaros y portales y caminos.

|Ay, del buque y el humus y el acero!

La noche nos contempla
y-
enardecido de voces y sollozos augurios y poemas y
campanarios tristes él vela por nosotros frente a los
astros en singular batalla.

¡Ay, de los hombres muertos!
¡Ay, de la sombra inmensa!
¡Ay, de los astros quietos!
¡Ay, de los buques y los torreones que en estas
altas horas
sepultan el misterio!

III

Entonces era así.

Más arriba de los relojes y de las agujas renacentistas
—barrocas en ojivales arcos
y oraciones truncadas—
flameaba su palpitante contracción
como otro río invisible
costeando al Hombre como un mudo naufragio.

¿Qué búsqueda monumental
le había levantado los brazos y los huesos increados
frente a aquella vacía soledad,
antes del Tiempo,
en la obsesionada consumación de aquel oprobio humano?

Miniaturas intelectuales del hombre pre-concebido
coexistían en las proyectadas edades,
como ecuménica visión del mundo extraordinario
que sobrevendría.

Ornamento y cantata aún no comenzados
arrancados a la piedra y al símbolo.

Entonces era así.

El singular conflicto de Dios en la soberbia
autopersecución ante un caos de posibles
esculturas y gesticulaciones.

Feudos inmóviles de la noche imponente,
páginas de epifanías con cornetas de ángeles devastados.

Entonces era así.

Primero el nombre del nombre
y la palabra y el gesto y la interminable repetición
de las imágenes.

Puñales, sones, cítaras e incontables cordilleras.
Oración del silencio con la muerte mayor.
Hierática consolación aprisionada.
Estructuras mentales de cabalísticas artesanías
y el humus mineral
y las campanas sollozando una estrella agonizante.

Después los ojos
y la mirada atravesando con pánico los océanos
y la Historia naciendo de las cavernas primitivas
hacia los rascacielos de la costa
y la luz de mercurio
y los mártires del trabajo y el cansancio.

Entonces era así.

Dios persiguiendo la circular esencia de su
agudo principio,
soñándose por otras dimensiones,
hiriendo las espinas de esos sueños,
con un velero blanquísimo trayéndole a la tarde apaciguada
rumor de pájaros
y sinfonía de conciertos desconocidos
en alegóricas proclamaciones trascendentes.

Pero por sobre este espíritu abatido:

Él.

Esencialmente.

Vuelto hacia las raíces,
caminante del polen donde la savia
nace su crujiente sendero,
heráldico monje de la semilla
en el enceguecido cimiento de la tierra.

Entonces era así.

Ahora, en cambio,
familias de árboles transparentes
remontan las corrientes de los ríos
bajo la trémula mirada.
Y en su sombra
y en el pálido dolor y la hermosura
van eclosionando los seres elementales!...

IV

Esto es la revelación.
El descubrimiento y el augurio.
¡Esto es el asalto de las hojas y de las flores
a través de las selvas
y los insepultos montículos de cal,
restos del atávico impulso creador
de la tierra!

Desborda desde el fondo de los mares bajo un cielo tan azul
como la ausencia de las gaviotas que ya no regresarán, un
manantial de peces que también son un poco el creador del limo
y del invierno.

Inspiración telúrica de los círculos de las cortezas
que dibujan entrecruzadas lanzas
en los tronchados árboles legendarios,
todo un mundo inescrutable y hermético
se alza desde esta consolación,
corteza de una verdad no develada.

Los flamencos inician la overtura
de su más que deificado orgullo ancestral de las
lagunas
bajo la luz del sol del atardecer
que es una mitra de oro debajo de las columnas
de las lianas prendidas.

Un anciano infinito, padre de soledades
y grutas y cavernas ocultas detrás de la maleza,
corre en forma de río hacia los saltos
donde el mito se dobla
como bajo el peso de una complejidad estremecida.

Y el susurro del viento
es un alto monolito entre las rocas que cantan
guturalmente bajo el ojo del águila,
trayendo el blanco sonido de la cima
de los montes lejanos
que velan al Paisaje.

La mariposa vuela
su vida efímera sobre las raíces
y tornasolando una recóndita perplejidad,
trae presagio de noches encendidas
y hogueras levantadas.

Aquí la vida es el silencio mismo que un enorme vacío
construye pacientemente sin metafísicos altibajos de
regiones mentales.

Y es una fuga verde de banderas
de perdida serenidad,
la que acompaña el coro de los pastizales
ante la imponente presencia de la
tierra dormida.

Se abastece el océano de sal y de penumbra como velos oscuros que
transitan sin rumbo las torres vegetales,
con campanas de pájaros que no fueron soñados y que nunca volaron
sobre el mundo.

Toda la creación cae de rodillas
apabullada por este tránsito desde el mito
no buscado
hasta la portentosa realidad que se crea a cada
instante
impulsada por su fuerza magnífica.

Venas de los guijarros
y un golfo anaranjado bajo el reflejo
de una gota de agua que pende de las hojas.
Cristales de la noche amanecida
que insinúa su brújula enarbolada de grillos
y en sapos que se escurren a través de los juncos.

Forma esencial. Fundamental origen.

Actividad perpetua de la matriz solemne de la tierra que duerme
poro trabaja, crea una humanidad de minerales y pedazos de espíritu
que se eternizan.

Prepotente juventud de su magia. Cántaro abierto al astro y
a la espina. Garza. Quietud.

¡Dolor de parto en la espontánea cúpula!

V

Y aquel absurdo designio de hilvanar subterfugios para hacerle una broma a los silencios y determinar la anchura de los espejos y de todas las caminatas solitarias.

Yo he mirado la profunda ciudad.

Yo he contemplado la ciudad, moviéndose como una

[invasión de

arañas escondidas

debajo de la apariencia de las aristas, los pasados tranvías, los hilos de la luz y los semáforos.

Yo me he asomado al fugaz caleidoscopio de ese hueco sonoro

y me ha parecido atrapar una forma que escapaba desde las ventanas

en horas inaugurales, mientras los vendedores de diarios recitaban pedazos de noticias.

Este pan me ha costado el desvelo y las raíces, el desafío auténtico al vacío y a los gestos comunes, la máscara de las procesiones con velas encendidas, las lámparas junto a los ventanales del crepúsculo

¿Te acuerdas hoy de aquel cuadro inexplorado que nos trajo
el olor de un puerto estremecido de petróleo y aceite?

Pudo ser en cualquier ciudad mediterránea. Pudo surgir
el misterio en cualquier río. Pudo crearse en otras
dimensiones esa estrella que nació allá, con la
imperiosa noche.

Yo he tenido que mirarme la cara en el espejo de la escarcha
dormida
cuando empezaba un día de vanas repeticiones y ¡juntábamos los
pedazos de papel de aquella historia que, todavía, aun hoy, no ha
terminado.

Yo he tenido que vendarme las manos
para poder esculpir esa palabra y ese sueño
¡un sueño repetido tantas veces!
¡una manera tan cruda de consumir las muertes
cavilosas!

Por eso tan absurdo el subterfugio de signos, la mentira,
cuando tan cálidamente la veíamos caminar por las
veredas,
golpear con los nudillos las puertas y las ventanas y las
[piedras
sonriendo y sin que nadie la escuchara.

Pero ella estaba allí. La Muerte
estaba allí.

Y no era más que una oscura forma indefinida
que esperaba una lágrima menos enlutada,
más solidaria,
más pura, desde las clausuradas paredes de las casas.

Era un hondo espejismo.
Un pájaro de alas conmovedoras y secretas.

La habíamos confundido con una niña
que pedía limosna
y le ofrecimos nuestros panes austeros, nuestra leche
nuestra flor. Nuestros versos. clarísima,

Todavía ensayamos vestirla con algas y geranios
y recogimos rosas de todos los jardines
para otorgarle la copa ornamentada de nuestros

[holocaustos

Toda la hermosura y el canto,
toda la música y el rito y los laureles,
nos parecieron pobres de vino y alegría
para tendérselos,
como si hubiera sido una novia predilecta
descendida como un milagro de los astros,
espléndida escultura, ramillete dorado, rostro tibio

Todo el poema se nos quedó en suspenso
cuando oímos su nombre,
pero callamos. Callamos con olvido, con pena, con

[desprecio
porque por esa vez, por esa única vez, como una dádiva, la soledad
nos había abandonado.

Y él estaba mirándonos y mirándola con sus
tranquilas alas taciturnas.

Y una lluvia de flores amarillas empezaba a acariciar nuestra piel, el
aire que respirábamos, la simple ceremonia de apretarnos la mano y
la sonrisa,
compartir una cuadra de banderas
y cantar una ronda de lágrimas furtivas.

Encaminamos juntos el asiduo silencio
y nos inclinamos devotamente frente a los trenes
que pasaban.

Un concierto llegaba desde un teatro lejano
y el tiempo se había marchado arrepentido
cíclicamente
renovando caminos prodigiosos.

Pero él estaba allí.
Solo de eternidad. Eternamente solo.
Inmortal, infinito, indefinible.

Su levita raída y su galera
dibujaban un extraño poliedro debajo de la
mampara de la noche.

El Personaje estaba existencialmente desmoronado, en su sinfín
de pájaros que nunca morirían.

Y ella seguía tocando las campanas,
y llamando a las gentes por sus nombres
y construía misteriosos adornos de cristal
y cirios que parecían carnavalescas luces de bengala
con túnicas celestes y recortes de diarios,
violines y palosantos y luciérnagas.

Toda la pedrería de una magia suntuosa
caía desde sus manos como rosas
que agitaban pañuelos y cintas de colores.

En un momento,
la miramos absortos como a una gitanilla enloquecida
de perlas transparentes y broches de marfil y filigrana.

Por eso fuimos volviendo cabizbajos
bajo los pórticos de la ciudad y los dormidos puentes
de los suburbios tristes.

¡Qué solo estaba él
en su avasalladora inmortalidad en llamas!

Alzamos la mirada.
Entregamos el verso y los jazmines.
Inauguramos una palabra de compasión y duelo.

Pero no era piedad.

VI

"Entonces empezó el viento, tibio, incipiente, lleno de voces del pasado, de murmullos de geranios antiguos, de suspiros de desengaños anteriores a las nostalgias más tenaces".

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Como turbiones que descienden por la escarpada soledad de los círculos concéntricos de una atormentada conciencia, el Hombre va escuchando las voces interiores.

Ellas desentierran agonías pasadas y mudos sortilegios.

Como remolinos amanecidos en un día cualquiera en un subterráneo océano de cifras ineludibles, se aglomeran los pensamientos en la profundidad

[imprecisa de

este Dolor,
de esta historia que es su única, su
verdadera historia.

Es probable que ritmos crepusculares aleteen en torno
de este misterio
y una metafísica forma
irrumpe desde la profunda lumbre del alma
como una rojiza arcilla modelada
durante años y años levantados como piedras hostiles.

Puñales y caravanas de ángeles oscuros
que llevan sobre sus hombros la creciente alucinación,
se clavan y trascienden de la inculta corteza
para declamar el funerario cántico de las cosas
perdidas.

¡Qué textura infinita la de los levantados murales
en la vieja soledad agonizante de la herida y el hueso!

Vaso sanguíneo enardecido y puro.
Muda consternación.
Eco final de todas las campanas por las torres inmensas.

Un agua vegetal va deslizándose por goterones desde la
cima de las cordilleras
y el paisaje interior desborda de las primeras fuentes por los más
custodiados tesoros minerales.

El Hombre padece la atormentadora sed de la luz
y la verdad
y sus manos se juntan y se dilatan
agujereando la tarde que se termina
como una música medular, espléndida.

¡Oh, guijarros dormidos sobre las verdes colinas
[recortadas! ¡Oh,
pálida finalización de los rituales defendidos! ¡Oh, intensa luminosidad,
víctima propiciatoria del genio y la conciencia adormecida! ¡Oh,
helecho sagrado! ¡Oh, Dulzura!

Estrechos callejones abren sus claustros austeros a los pasos del Hombre, en abrasadora necesidad de puerto y de descanso.

Sones de metales desconocidos y cítaras y guitarras
le cantan la melodía suprema de los ecos
que ya pasaron,
mientras mágicas oraciones le tienden las alas abismales
y le resucitan una frente indecisa.

Las filas de los árboles que se van
detrás de la magnífica noche,
las filas de los pájaros que se van
bosquejando agujas de catedrales futuras,
moldean reiteradamente esta arcilla,
este barro,
este humus esencial,
soplo de vida de lejanas edades
que un día Alguien impulsó hacia el abismo
con firme arquitectura.

Precipicios enormes de luces y palabras pendientes
desde el fuego y el verso emprenden la oportuna
crucifixión con ritmos claros de navidades y ave marías.

Este hombre es el Hombre.
Este conflicto es su médula y su apasionada
lumbre que se oscurece.
Este pedazo de piedra es la Piedra fundamental
levantada con los brazos en cruz
desde los océanos abrumadores
con pasión y alegría, con trabajo y silencio,
con apretadas determinaciones de holgorio y
sabiduría dolorosa.

Cumbre de eternidad desviste esta mágica realidad del Hombre hacia el camino de su propia búsqueda. Y el crepúsculo tiembla en los acentos interiores y en las abruptas y escarpadas cordilleras del Paisaje.

¡Oh, pálida finalización de los rituales! ¡Oh, guijarros dormidos! ¡Oh, Dulzura!

La oculta cabellera de la noche
cubre de estrellas la frente preocupada,
mientras huyen los pájaros y el árbol de la crucifixión
socava con sus raíces la caravana sudorosa
de esta fuente del espíritu humano atribulado!

Años de entera pérdida. Ríos que crecen desde la montaña
—la altísima montaña-Pasajes de tantas esquinas
trasnochadas debajo de los amarillentos faroles mortecinos.

Finalmente
y estrechándose en calles de arenas y olorosos guijarros
florece el mar...

Allá,
el horizonte es un augusto nicho de convergencias
en la mirada atónita
y no es más que un hombre solo que contempla,
un hombre solo que se cae en la arena,
unas abultadas manos que hunden en las pequeñas olas
su impotente desvelo.

Allá,
se escucha el eco de la anhelada Paz
y un viento de libertad se cuele desde los astros
invisibles
que posterga la noche.

Allá está el agua
y la vida y el camino.

De alguna manera el Hombre ha comenzado
a transitar la muerte de su olvido
y acepta al fin las heráldicas armaduras de los ángeles
que pelean por él en purísimas regiones.

Y sobre este Paisaje,
velando en el silencio del mar inagotable,
tu Ojo desborda una lírica palabra
que mucho tiene de Perdón
y tus párpados caen,
piadosamente.

VII

Y el aire azul es un gravísimo peso que se abate sobre
las calles de esta amplia necesidad abandonada.
Resucitando muertos.
Levantando un alto brindis en el barrio perdido de infames
caseríos
va naciendo el Poema.

¡Ah, la sombra de esa sombra infinita velando este
grisácea oscuridad y el polvo carcomido y el
hambre y la esclavitud y el mendrugo caído desde
tardía crueldad y el desamparo!

[misterio! ¡Ah, la
[vacío! ¡Ah, el
[la mesa con la

El Personaje piensa.

Un agujero interminable le abre las puertas al otoño
y las hojas doradas llegan en tropeles que cabalgan la tarde
con ruido de mariposas blancas y palomas!

Inquieta, inmensa, reclamando vientres de compasión y
pacíficas soledades compartidas
se extiende esta mirada que pasa reclamando
bajo los hondos ojos del invierno.

Un paso del Personaje nace de su silencio hacia estas
ruinas
y le nutre una vena muy fría, muy azul,
oculta debajo de fatigadas pieles asesinadas.

Nace una intensa voz
que canta un tango que se pierde en la tarde ensimismada
debajo de un pino padre de injustas muertes
y tardías indemnizaciones.

Entera de recuerdos
la sombra pasa hacia los barrios altos,
allá por la montaña de los ascensores y el asfalto que

[rueda.

¡Ah, del vértigo verde de las garzas en el mágico parque!
¡Ah, de la sed profunda y oscurísima de las pieles oscuras!
¡Ah, los cabellos negros que anudan algo más transitorio
que la puerta meridional de las maderas!
¡Ah, las largas ausencias en el canto monótono de las
tardes larguísimas!
¡Ah, tantas leyes y leyes y papeles ajados en canastos

[pendientes sobre la

sombra augusta de este silencio infame!

La opaca voz del pensamiento oculto
del Personaje
vuela hacia el destino de un camino supremo.
Y su imagen, como un extraño espejo sin orillas
junta los trozos, prolijamente y uno a uno, que terminan la doliente
mayólica de los chicos hambrientos.

Como perros que van desparramando cadáveres
por el desierto
pasa su voz, la opaca voz oculta
que enfila hacia los edificios.

Allá se nutre el neón y las hogueras.
Allá se acumula el petróleo debajo de los puentes.
Allá las grúas asiáticas le van mondando los dientes al
[verano y las
flores se mueren a la sombra de los bloques inmensos.

El industrial, inventariando acciones,
guarda un folio amarillo debajo de la almohada
y una blandura de lana aprisionada
le desviste las muecas al hombre poderoso
como una graciosa magia dolorida.

Velos como velones de un proceloso mar
cubre hasta los cimientos los cimientos del Hombre.

Y la esencia se vuelve y se sofoca
revuelve el pálido cristal de los navios
y una angustia sin límites le decreta un feriado a las
pacíficas horas junto al fuego.

El Personaje inicia su ritual vespertino.
Alza las manos como grandes aspas amarillentas
y su efigie es un héroe de papel de diario
que pende de la rama más alta de un árbol silencioso.

Las pródigas casuarinas descuelgan una lágrima que vibra
como una gota de azulado cansancio. Y la tierra recibe un
poco más la savia

de los ángeles.
¡Qué gruta embellecida
la del carbón que canta en el fondo de la piedra!
¡Qué planta maravillosa
del amor
y la herida!

Copla que trae sangre en las astillas. Viento que trae pena
desde los monumentos. Cenizas de las sombras de los
bloques austeros bajo el hambre común.

Minuto de ángeles en la madrugada le canta al
Personaje la rapsodia del tiempo de los otros
mientras sobre las espaldas agobiadas las
arpilleras abren sus cordeles al oro y a los Bancos
voluminosos y secretos.

¡Ah, la sombra de esta sombra infinita construyendo el
[misterio! ¡Ah,
las largas ausencias del olvido en la crueldad y el verde desamparo!
¡Ah, las leyes y el vértigo y el tránsito misterioso y el holgorio!

¡Ah, los ángeles asesinados
y la tierra empedrada con sus
senos de fuego!
¡Ah, de aquellos
en la imposible carcelera,
estrecha y última cerradura de la muerte!...

Pedazo de piedad, sangre y justicia,
el Personaje piensa.
Y debajo de su profunda luz
ovillando el otoño
baja una oscura voz desde los astros.

De alguna manera,
lejos,
ha sonado el amor de una campana.

VIII

"Esta isla es bien grande y mu y llana, y de árboles muy verd es, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla".

CRISTÓBAL COLÓN

13 de octubre de 1492.

Selva.

Profundas selvas que se van recogiendo alrededor de su vientre inexplorado. Luz de cirios maltrechos en el día sin sol.

Debajo de las rojizas alas de torrentes de mariposas que han nacido como un prodigio tumultuoso, va la sombra del hombre, va la sombra del indio, va la sombra del espíritu atribulado que busca la Presencia.

Años remotos,
curiosa noche de las edades que avanzan hacia el retroceso del Tiempo inapresable, recorre la oscura sed el hombre oscuro del continente nuevo que yace en el misterio.

Las fuentes han quedado sepultadas bajo el polvo de estirpes
extinguidas, bajo el oro pretérito y tallado de los incas en
intrincados cementerios sin luz.

Enhiestas piras asoman al Paisaje
y permanecen como efigies que aun contemplan
una lejanísima antigüedad presente
en sus cuencas de cal y de granito.

Enseres líricos y raras cesterías indígenas
circundan a los pájaros verdes,
a las plumas aztecas de las ruinas dormidas;
y cristos negros de maderas saladas
ensayan en el crepúsculo
los últimos autosacramentales que todavía
perpetúan el eco.

A lo lejos,
las colinas celestes le arrancan violentamente
un grito
a un cielo desahuciado
y protegen vestigios de extrañas arquitecturas
que pasaron
y se esfumaron detrás de la penumbra de
los tiempos.

Pero la sombra persiste
y un esfuerzo aplastante le dibuja los pasos
a este esqueleto de tierra y nudos minerales
que rastrea la subterránea,
la insólita presencia,
estremeciendo de sangre los orígenes.

Una garza bosqueja circunferencias verdes
en el secreto pan del Amazonas,
en el austero Orinoco que deshace en el delta
los claustros vegetales,
umbrosos cánticos plenos
de armonía
y silencio;
inmovilidad de la ciudad perdida,
raíces de una civilización de linfa y hueso,
manos y ojos,
rictus en la cara tallada del indio
temerario.

Ruinas.

Van errando las sombras,
van errando bajo las ojivas doradas
de la oculta maleza
y van recitándole a otra presencia,
a través de la música azul
de su cansancio,
un jeroglífico conjurador de gestos mágicos
en heroicas cosmogonías primitivas.

Monolitos.

Tinieblas.

A través de las aguas transparentes
el oro cruje en el fondo de los ríos
y se lanza hacia el reflejo de las cimas lejanas.

Canta en esta región,
nudo de venas en obstinado vientre,
la crónica del mito perdido,
el fanático descubrimiento de las minas
de cobre y sal,
doncellas de carbón, en los dinteles de
una especiante sinfonía.

Ciego,
avanza el hombre doliente en busca de
su sombra y de su stirpe.
Y pelea contra el pájaro verde de la jungla
un mediodía sin sol
bajo astilladas nubes de mariposas rojizas y enlutadas.

Y es un sol trepador el que le abre
un cuajo de herida en las entrañas,
luz de una mirada que cae
sobre los hondos valles.

Bajo el lamento de las soledades
gime la tierra
mil veces hostigada y sudorosa.

Remolinos de aguas tornasoladas
y laberintos vírgenes,
ignotos signos de prehistóricas orfebrerías en
mágicos conjuros
le guardan la Presencia y la figura.

Entonces exigirá.
Exigirá aquel esfuerzo interminable
y el sudor
y el oprobio.

Para que hundiéndose,
amarrándose en las recónditas raíces
de dolorosa gestación y misterio,
esa sombra del hombre,
esa mueca del hambre,
ese espíritu oscuro que escruta el seño
del indio temerario,
toque la piedra al fin,
el fundamento,
la tierra sin redención de su Presencia:

América.

IX

Y un pálido amanuense
desequilibra un vasto
funeral, donde los puentes cubren su arcilla dividida y asume el alto
sentido de las cosas.

Árboles, barcos y pájaros escondidos
en lo profundo de su pensamiento
salvan aun el inédito territorio
del Olvido
y el Tiempo
que gota a gota va terminándose...

Yo me acuerdo esta tarde
en que la lluvia derrite sobre mi memoria
una lágrima oculta,
de aquella entristecida inmovilidad
cuando el Dolor se atrincheró en el canto
del amanecer,
donde empezaba el calor de las campanas.

Y me acuerdo de la azulada callecita
y la sombra acariciadora de los plátanos.

Piedras iluminadas y gatos negros sobre las terrazas,
almas de hombres y nidos en las torres calladas
de los ventanales,
sola imaginación de aldeas alejadas
como mujeres negadas a la noche;
luto y luna dorada de la tarde.

Un milagro de pétalos y sauces caídos al borde
del arroyo
y la humilde canción de la Palabra!...

Allá se hizo el vacío de los que no volvieron y la sangre sin
sangre de los que oyeron el rito de la noche.

¡Qué profunda emoción sentí de paso para las llanuras con
el viento impaciente! ¡Qué indisciplina otoñal la de los
cántaros abandonados al pie de las mañanas! ¡Qué
manera de negar al amor cuando un esplendoroso mundo
palpitaba en mis venas en desbordante juventud sin
[bálsamo!

De la Angustia infinita
nació una soledad apasionada.

¡Ah, de la soledad, rostro inefable, vellón clarísimo,
indeciso rostro, redención sin maderos y sin viento! ¡Ah,
de la soledad y el desvarío! ¡Ah, de este canto que se va
durmiendo trepándole una alegría a los augurios!

Navega una semilla todavía
sobre el cuerpo amarillo del milagro
en empinado acento.
Remonta los largos ríos del paraje interior
desierto ya de conjuros y de vida.
Atraca en las anchas piedras pasajeras
una huella más honda que el abismo
cuando la obtusa sombra de la Angustia y el Dolor
hermanan sus geranios marchitados!

Tabla de salvación
en la noche de luna sobre las piedras iluminadas
de sal y de tristeza.
Tabla de salvación.
Admonitorio peregrinaje en íntima persecución
de los bajeles!

Palabra y flecha de cazador tatuado en azulados versos
de la noche. Grillo inmortal, herida de pupilas, agua sin
conclusión. Sigilo inmenso.

Yo me acuerdo esta tarde
en que la lluvia derrite en mi memoria
las lágrimas ocultas,
de aquella endurecida inmovilidad
cuando el amor murió con la equivocación
y el desamparo!

Árboles, bancos y pájaros escondidos en lo profundo
de su pensamiento salvan aun el inédito territorio

del Olvido
y el Tiempo
que paso a paso va terminándose.

Y el pálido amanuense desequilibra un vasto funeral, donde
los puentes cubren su arcilla dividida. Columna medular
adonde las voces confluirán y arderán en sus hogueras!

Un esquemático símbolo
deja caer su sombra en el cristal azul
de las ventanas.

¡Ah, de la soledad! Velón clarísimo, indeciso rostro, rostro
inefable, enardecido y puro bajo el dulce rumor de las
campanas!

Ahora ya no nos queda más que este silencio.

X

Yo levanto esta voz para develar la no profanada
zona de tu corazón legendario.

Yo levanto esta palabra viniendo desde las penínsulas
donde otros hombres descubrieron tu canto.

Hesíodo inauguró la raíz de tu generación para lanzar
el Caos existencial
y sus signos cubrieron extensos manuscritos
que abarcaron tu imagen.

La rosa inspiró la magia
de tu piel bajo los extasiados cielos mediterráneos
y los templos te dieron el refugio de los primeros hombres
para saciar tu renovada sed,
tu hambre de contemplación,
tu pasión mitológica

Verso antiguo atraviesa los espacios extensos estirados de
tiempo, de dolor reiterado. Calle abierta me aprisiona las
manos y el pájaro planea con su sombra de plumas sobre el
cristal de esta sangre silenciosa.

Viejas puertas de Tespias en tu hueso inviolado.
Viejo eco de Céfiro restañando mensajes.
Vieja Jerusalén, la del altísimo Dios crucificado,
encuentro verdadero de tu nombre
más acá de las aguas y las piedras de la Helena lejana

Ancianas catedrales se abren ante mis ojos para rastrear en
espejos medievales. Tumba de vitrales inmensos, polvo del
tiempo en los indescifrables rituales levantados entre solemnes
columnas e imágenes talladas de mártires y santos de granito.

Yo levanto esta voz delante de tus hogueras porque en tu
corazón está el fuego de la tierra y en tu humor su principio.

Yo levanto esta palabra
de vuelta de las penínsulas de la Historia
para recrear la máxima totalidad de tu sabiduría.

Trascendente de savia de humanidad
se siente inapagable la llama viva de tus
vertientes ceremonias
y tu órfica residencia es surco y eternidad,
sal y campana,
viento y antiguo templo en este vacío
que llega calladamente con el viento nocturno.

Blancas columnas dóricas y puentes ojivales describieron el
anchuroso itinerario de tus cobrizas cárceles interminables.

Murmullo de palmeras agitadas. Agua del mar contra la
playa quieta.

Yo me descubro el hueso y la palabra.
Yo me descubro todas las heridas.
Y el agua sacramental cae dentro de mis entrañas
para reproducir tu solitario cuerpo
bajo los astros
en ofrendas distantes.

Me acuso de este dolor,
de este descubrimiento anonadado,
de este martirio,
de esta voz aterida,
pero no bajo los ojos ante tus resplandores
ni lanzo al viento las cenizas sagradas.

Que la rosa perpetúe la extraordinaria dinastía
de tu linfa infinita.
Que la lluvia continúe cayendo sobre mi corazón
como una madre piadosa y milenaria.
Que los ojos de todos los hombres de la tierra
crucifiquen mi pensamiento y mi agonía.
Que se pierdan los pájaros detrás de la niebla
imprescindible de la memoria
más allá de los tiempos y en el Tiempo.

Oscuro cuenco de olvido y grito desgarrado tu nombre se levanta
desde mis manos:

¡Oh, Amor!

¡Oh, acrisolado dios de los antiguos!

¡Oh, sendero de torbellinos en el profundo mar
y los ríos subterráneos!

¡Oh, el lirio y la paloma y el pesado madero! ¡Oh, los claveles
marchitados!

¡Amor!

¡Cruento Amor!

¡Apasionado Amor!

¡Nafragio del corazón del Personaje!

¡Yo levanto mi voz para esta esperanzada Palabra!